

Añoranza

Relato basado en Hestia, una de las diosas olímpicas, hija de Cronos y Rea. Personificaba el fuego del hogar. Historia de ficción basada en las vivencias de la diosa con Príapo.

Lín Marrod

La lluvia me sorprende en mi camino. Debí seguir mi instinto y buscar refugio cuando las nubes cubrieron la luna llena. En plena floresta, recuerdo una gruta donde jugaba de niña y dirijo mis pasos a ella.

El tiempo y la madre naturaleza han hecho lo suyo, apenas distingo la entrada entre tanta vegetación. Mi fiel cabalgadura tendrá que quedarse al amparo de un frondoso arbusto, no hay sitio para ambos dentro. A duras penas, me arrastro hasta la seguridad del interior.

Mi alijo de ramas secas me permite encender un fuego decente. No veo el futuro, no puedo predecir si habrá lluvia o frío para empacar en consecuencia. Es la experiencia de otros viajes lo que me ha hecho prever este tipo de contratiempos.

Las llamas de la hoguera iluminan la oscuridad absoluta de la cueva. Dibujan sombras que parecen danzar en las paredes de roca viva. Me recuerdan las festividades a las deidades. Cimborean y se agitan de la misma forma en que he visto hacerlo a las doncellas en tan especiales celebraciones.

El chisporrotear de las ramas calcinadas es el único sonido que interrumpe el silencio de la inminente madrugada. Me hipnotizan los tonos rojizos a naranjas que la intensidad del fuego maneja a su antojo. Mis pensamientos vuelan libres en el refugio del lugar, mientras escucho el rítmico tintinear de las gotas de lluvia en las grandes hojas de las plantas de la entrada.

En noches como estas, sueño con un hermoso bebé en mi regazo. Lo veo con total claridad: cabello rubio, ojos azules, pequeños y regordetes deditos que acarician mi seno mientras lo alimento. Cierro los ojos y escucho sus sonidos de satisfacción y el chasquido acompasado de su lengua con cada succión. Lo cubro con la manta y dejo apenas visible la mitad de su rostro angelical. Siento cómo me embarga la sensación de confort, el amor inmenso que hay implícito en sostener su pequeño cuerpo contra el mío. Disfruto de esa experiencia que es amamantarlo hasta que el sonido de la rama carbonizada por el fuego me trae de vuelta a mi realidad.

No puedo evitar que mi mente se entregue a esos anhelos cada vez que soy llamada a dar la bienvenida al mundo a un nuevo miembro del hogar. Es mi tarea, mi obligación... Esa es mi cruz.

Soy la virgen. La imagen de la esposa perfecta para muchos. Dirán que elegir la virginidad antes que el matrimonio, con tantos deseos reprimidos, fue una mala decisión. Ciertamente, lo fue. Dejé en manos de otros lo que solo yo podía decidir. Confié en que ellos cuestionarían mi absurda posición, buscarían la causa de tan descabellada decisión y rechazarían mi sacrificio.

No podía estar más errada. Confundí lo que es ser benévola y entregada a los míos con debilidad y nulo amor propio. Olvidé la maldad oculta en un ser que acepta el sacrificio de otro, calificándolo de acto de infinito amor para satisfacer sus propios intereses.

No fui obligada a nada, mi error fue callar y confiar. Nadie pensó en los motivos que me llevaron a apartarme de lo que en las mujeres de mi tiempo era su destino. Fue más sencillo aceptar que mi decisión era un alivio para los planes de mi hermano.

Me negué al amor para evitar un enfrentamiento entre pretendientes con los que me unían lazos familiares. Elegir a uno sobre otro hubiera iniciado una guerra. Mi hermano pudo evitarlo, una palabra suya, y yo sería libre de amar a quien quisiese, sin miedo y sin culpa. En su lugar, fui premiada por tan altruista decisión con el peor de los castigos. Soy la deidad del hogar, de la armonía familiar, de los nuevos miembros de la familia. Represento para ellos todo lo que yo nunca tendré.

Odio estas noches solitarias, húmedas y frías, que revuelven a la mujer que mantengo a raya. La misma de la que escucho resignada su letanía interminable. Retumba en cada rincón de mi cabeza, recordándome lo hermoso que sería dejar de lado todo, comenzando con los hombres. La insensata en mi interior se olvida que los necesito para cumplir mi máspreciado sueño: un hijo.

El rebuzno del burro, a la entrada de la gruta, me sobresalta. Ese sonido fue la alerta en el pasado que me liberó de la maldad de un hombre y de una humillante experiencia. Me

perturba sobremanera escucharlo en el mismo momento en que estoy pensando en ellos, y en el único motivo por el que los dejaría entrar a mi vida.

Ya no me pregunto cómo sería si hubiera aceptado a uno de mis pretendientes, o si hubiera enfrentado a mi hermano con la verdad de todo lo que estaba sintiendo. No tiene sentido recriminarme por no tener el valor de decir:

—Él no me gusta y el otro tampoco. Uno es demasiado violento y el otro un egoísta y arrogante. Si yo los rechazo, su orgullo herido va a provocar un conflicto. Necesito tu ayuda. Debo encontrar por mí misma al hombre que no me cause repulsión su cercanía, al que me muestre que todos no son iguales.

Hermosas palabras que nunca dije y que cada día que pasa pierden su sentido entre las brumas de inseguridad y temores que nublan mis sentidos. Es tarde para mí, acepté ser la virgen, la protectora del hogar. Dejé que otros marcaran mi camino.

Algo tiene que cambiar. No soy solo yo la que se pregunta que hizo mal, la que vive la vida que no eligió. Lo veo a diario. Demasiadas mujeres me piden la paz y tranquilidad para un hogar que es su yugo, su cadena. Sus hijos son su mayor logro y el ancla al que se aferran como justificación de la vida insípida e impuesta que les tocó.

Puede que no haya solución para mí, pero hoy es el día en que les dejo claro a todas ellas que nadie vendrá a salvarlas. Es su obligación levantarse y desde la dulzura y fortaleza que emanan decir: ¡Ya basta! ¡Yo soy la artífice de mi destino!